

IMPRIMIR

DESEMBARQUE EN RIO DE JANEIRO

ADALBERTO DE PRUSIA

Editado por
elaleph.com

ã 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

Todos estábamos ansiosos de ver Cabo Frío. Ya a la salida del sol, algunos creyeron descubrir tierra, pero no fue sino entre las diez y once de la mañana cuando se divisaron las primeras formas. Poco a poco, comenzaron a perfilarse los contornos de una hilera de montañas, si bien del todo borrosos. Más tarde, se agregó a la izquierda, hacia occidente, una montaña cónica. En cambio, no se podía distinguir aún el Cabo Frío, si bien una sombra oscura que continuaba la cordillera hacia el este indicaba la región donde debía buscarse esta pronunciada saliente del gran continente sudamericano.

Nuestros instrumentos señalaron la posición del buque a mediodía a 230 20' latitud sur Y 420 40' 15" longitud oeste de Greenwich y la posición de entrada a la bahía de Río al noroeste a treinta y ocho millas marinas frente a nosotros, mientras que la de la cadena hacia la cual habíamos enfilado, la cordillera próxima a Cabo Negro, la fijaba a una distancia de veinticuatro millas marinas en dirección norte.

Viento y mar se habían aplacado. Las bonitas velas estaban desplegadas y nuestro nuevo rumbo hacia el noroeste nos permitía navegar con la proa hacia el viento.

Tanto la temperatura del aire como la del mar eran sorprendentemente bajas. El agua había trocado su tonalidad azul ultramarino por un verde claro y pálido. Una azulada bruma lechosa quitaba a la atmósfera parte de su transparencia en la proximidad del horizonte. La costa elevada sólo se veía como a través de un velo.

Ese día, la hora del almuerzo se fijó más temprano que de costumbre, pues se estimaba que a las cuatro podíamos encontrarnos ya frente a la rada. Una vez concluida la comida subimos a cubierta y observamos que parte de la tripulación había cambiado sus ropas de faena por camisas y pantalones blancos. Todos estaban ocupados en ordenar las jarcias para quitarles el aspecto de la travesía, barrer las cubiertas, sacar brillo a los metales, preparar los cañones para las salvas de salutación y tener prontas las anclas.

Uno tras otro, hicieron su aparición los oficiales con sus uniformes completos.

Todo ese desacostumbrado y solemne esplendor casi no nos permitió reconocer la cubierta del "S. Michele". Me apresuré a unirme a un grupo de curiosos, que se habían instalado en derredor del bauprés y sobre él, así como en la empavesada. También se podían ver algunas figuras de blanco sentadas sobre las vergas en lo alto del palo de trinquete.

Todos tenían la vista fija en las curiosas formas de la costa escarpada que se extendía ante nosotros de oeste a este en su inmenso desarrollo. A la izquierda, emergía del mar como un aislado cono pequeño. A la derecha de éste, algunas isletas más, alineadas al igual que puntos y seguidamente la maravillosa cadena, cuyos contornos semejan a un gigante yacente, el gigante que indica a los barcos, después de una larga travesía, su segura entrada al puerto de Río, ¡rey entre los puertos! La cabeza con una enorme nariz aguileña y la boca abierta están formadas por el escarpado peñasco llamado la "Gávea", al que los marineros británicos bautizaron con el nombre más adecuado de "Lord Hood'snose". Las manos aparecen cruzadas sobre el estómago: se consideran como tales las dos cumbres del Tijuca: el Pico do Papagaioy la otra, a su derecha, que reciben conjuntamente el nombre "osdous irmaos" (los dos hermanos), ese día casi ocultos por la niebla. La rodilla que apunta hacia arriba es el puntiagudo "Corcovado", y el "Páo de Azucar", un imponente cono rocoso que hace honor a su nombre, forma el inmenso pie. A la derecha, a los pies del vigía dormido, muy cerca de la empinada pendiente del Pan de Azucar, se encuentra la angosta entrada al puerto con sus pequeñas islas redondas en una de las cuales la Ilha Raza (isla rasa) se alza un faro. Detrás de este grupo continúa una cadena de montañas abruptas y empinadas, o mejor dicho una hilera de montañas aisladas unidas en su base. Estas montañas presentan las formas más raras, aunque siempre hermosas y nobles con sus cumbres combadas, montañas cónicas aisladas o dos conos unidos por una cresta que continúan la línea de la costa hacia el este y se pierden en la niebla en dirección hacia Cabo Frío. Algunos bergantines se deslizaban frente a la costa.

Visible primeramente a través del antejo de larga vista pero muy pronto al ojo desnudo, se despegó ante nosotros esa maravilla de la vegetación tropical que a través de los libros y los grabados nos pareció a menudo casi fantástica. Hacia donde miráramos aparecían todas las montañas cubiertas de tupidos bosques. Al seguir con la vista sus contornos descubrimos a gran altura, descollando por encima del bosque, esbeltas palmeras aisladas. De entre la inmensa mata vegetal que cubre la montaña se destacan especies arbóreas jamás vistas por el europeo: árboles de enormes y compactas copas y otros de escaso desarrollo, enanos estrafalarios, que a semejanza de matas de cicuta tienden sus magros brazos abiertos. Y no obstante, es imposible concebir una idea de la gracia de los contornos montañosos, interrumpidos constantemente por la belleza y majestuosidad de esos pintorescos gigantes verdes que se elevan hacia el cielo. En algunos lugares, negras y lisas paredes rocosas forman las altas y escarpadas laderas de las montañas o se alzan como picos y conos enhiestos. Ciñe los pies de la montaña una angosta franja de arenas blancas, bañadas por el mar.

Esas islas situadas a la entrada del golfo estaban tan próximas a nosotros en esos momentos, tan cercanas, que podíamos oír el rumor y los rugidos de la resaca en la playa al rodar las olas por las oblicuas losas blancas de roca que las bordean. Hay en las costas tupidos bosques, por los que asoman sus penachos hermosas palmeras y alternan toda clase de matorrales y plantas nuevas para nosotros. En esas islas encantadoras nos salió al encuentro por primera vez toda la exuberancia y la magnificencia de la naturaleza tropical. Nadie que no haya penetrado en la zona tórrida podrá tener una idea de semejante espesura. En las montañas del continente pudimos descubrir poco a poco bosques enteros de palmeras con sus copas inclinadas hacia el oeste. Había montañas prácticamente cubiertas de palmeras de -alto tallo mientras que en las rocas desnudas fijan sus delgados tallos los cactus. Canoas tripuladas por negros enfilaron hacia las islas. Una enorme ave negra, el primer urubú que divisamos, voló por encima de nuestras cabezas con las alas extendidas y lanzando graznidos. Todo, todo era nuevo, todo distinto a la vista hasta entonces. Sólo teníamos una idea,

sólo un sentimiento recorría nuestras entrañas; esa tierra no podía ser Europa. Una voz interior clamaba: ¡Es América! ¡Son las Indias! ¡Es Brasil! Pero esto no es Europa. Esta fue nuestra primera impresión de América: Todo, todo se nos antojaba exótico y maravilloso.

Avanzamos entre el grupo de islas mencionado. ¡Qué bello paisaje! A mano derecha, las montañas costeras, entre ellas un cerro empinado, un negro y abrupto muro de roca, en el cual ya lográbamos divisar las grietas talladas por las aguas, formaban con aquellas islas un cuadro encantador, lleno de esa magnífica y exuberante vegetación tropical. Apenas habíamos dejado atrás el grupo de islas cuando se abrió ante nosotros nítidamente la entrada a la bahía.

Las montañas de la derecha se fueron hundiendo paulatinamente en ella como una abrupta cresta de este a oeste. Al final de la cuchilla, se arado de ella por una angosta brecha en la roca, avanzaba hacia la rada el blanco fuerte de Santa Cruz, al cual se enfrenta el liso peñasco del Pán de Azucar que emerge de las aguas casi vertical. Detrás de esta elevación aparece una pequeña y verde lengua de tierra insular con una curva en el lomo, pero los fuertes de S. João y S. Teodosio, situados en ella, apenas se divisan. En el fondo de la bahía, la orilla es plana y se presenta como una serie de pequeñas islas azuladas. Un poco hacia la izquierda, en el vértice occidental del golfo, se reconoce a la ciudad de Río de Janeiro sobre una saliente que forma varias terrazas, a la derecha el bosque de mástiles de los barcos surtos en el puerto, y más allá, hacia el centro de la bahía, los buques de guerra en la rada.

La bandera de Cerdeña flameaba desde hacía un buen rato en lo alto de nuestro mástil. Ya podía reconocerse, con ayuda del catalejo, sobre Santa Cruz el verde pabellón del Brasil con el cuadrado amarillo en su centro, apoyado sobre uno de sus vértices. El viento cada vez más débil y la corriente en contra no nos permitía avanzar, sino muy lentamente. Frente a la ciudad distinguimos dos pequeñas islas fortificadas, una tras otra: la más próxima, el fuerte Lageni; la otra, de mayores dimensiones, Villegagnon. La ciudad y la rada se hicieron más nítidas. Ya podían reconocerse una goleta americana, el británico el “Malabar”.

Pronto divisamos también a nuestra nave compañera, el -Satellite-, que nos saludó con sus salvas antes de que hubiéramos echado anclas.

El sol estaba por ponerse. El Pan de Azúcar, enhiesto y colosal se alzaba a nuestra izquierda como un pulgar erecto, mientras las montañas del lado occidental se habían juntado en un caos de las más caprichosas formas. Un azul intenso y oscuro coloreaba los conos, las agujas y los picos de las hileras anteriores, en tanto las que se encontraban más atrás mostraban una tonalidad violeta grisáceo. ¡Cómo dar al lector un concepto de aquellas extrañas formas montañosas! Causaban la misma impresión que la escenografía de una ópera de encantamiento, a cuya vista el espectador se dice: "¡Esto no se da en la Naturaleza!"

Eran aproximadamente las cinco cuando la brisa nos abandonó cerca del fuerte Santa Cruz. Estábamos tan próximos a él que podíamos distinguir los cañones y los soldados. Cada tino de los dos tramos escalonados de la ciudad concluía a mano derecha con un edificio alargado de dos torres, los monasterios de Santa Teresa y S. Benito. El Pan de Azúcar, a nuestra izquierda, volvió a tomar su forma anterior, sólo que en lo alto de la pared vertical parecía habersele saltado un pedazo. Un vaporcito brasileño salió de la bahía deslizándose ante nosotros y varias canoas de pescadores negros entraron a puerto. Bandadas de aves acuáticas blancas y negras cruzaron sobre nuestras cabezas dejando oír sus graznidos. El sangriento disco solar se ocultó tras los picos del Corcovado, bañados por los ardientes rayos del sol, y tiñó con resplandor rojo cobrizo la superficie de las aguas, a la entrada del puerto. El navío británico "Commodore" disparó las salvas de retreta y el -Escadre- arrió las banderas y los juanetes. En ese momento se presentaron a bordo de la fragata el cónsul de Cerdeña y poco después el de Prusia. A éste lo había conocido poco antes de mi partida. Su salida de Berlín se produjo con posterioridad a la mía. Río es su segunda ciudad natal, pues pasó en ella la mayor parte de sus años juveniles, y llegado a la mayoría de edad se había hecho cargo de los negocios consulares de su padre desde hacía diez años. Después de la primera expresión de alegría por el reencuentro, se lamentó que la niebla imperante me privara de la contemplación de una de las principales bellezas del magní-

fico golfo, la Serra dos Orgaos, de 3.000 a 4.000 metros de altura, cuyos picos zigzagueantes constituyen el fondo del grandioso cuadro que ofrece la entrada al puerto. También faltaba la Montaña del órgano para completar la estampa, aun cuando no era necesaria, pues la impresión general de todo lo visto ese día, de los alrededores de la bahía, era tan asombroso que la ardiente fantasía no podría haber imaginado más. Ya no se atrevía a agitar sus alas allí donde todo movía al asombro y a la admiración. jamás me emocionó tanto panorama alguno, ni aun el bullicioso e imponente paisaje de Nápoles con su humeante Vesubio y su maravilloso golfo, ni la magnificencia oriental de Constantinopla con sus encantadoras colinas erizadas de cúpulas blancas y esbeltos minaretes, donde bosques de cipreses dan sombra a los sepulcros de los musulmanes y la banda azul del Bósforo que todo lo anima, cercada de serrallos e innumerables villas, serpentea entre Asia y Europa. Ni aun Constantinopla me cautivó como la primera impresión que tuve de Río de Janeiro. Ni Nápoles ni Estambul, ni ciudad alguna de las tierras que conozco, ni la Alhambra, puede compararse en mágico y fantástico hechizo con la rada y el golfo de Río. Ante nuestros ojos se develaron maravillas jamás imaginadas sobre la tierra. En ese instante comprendimos por qué los primeros descubridores dieron al continente el nombre de "Nuevo Mundo-.